



Alter(nativ)idades e (inter)mediaciones: propuesta de un mapa comprensivo desde la dimensión comunicativa de los movimientos sociales

Alter(nativ)ities and (Inter)mediations: A Proposal of a Comprehensive Map from the Communicative Dimension of Social Movements

Lázaro M. Bacallao Pino^(*)

Universidad de Zaragoza - España

bacallaopino@yahoo.es

Resumen

Los movimientos sociales, dado su propósito de ser escenarios extra-estatales para la configuración de nuevas interrelaciones y mediaciones entre individualidad y socialidad, resultan contexto pertinente para un re-análisis de los sentidos de la alteridad y las mediaciones sociales, así como sus vínculos. Se propone un análisis teórico de las complejidades de las dinámicas de despliegue de alteridades y alternatividades desde estos actores sociales, a partir de su diversidad, su perspectiva de la conflictividad y el cambio social, así como su énfasis en la comuni-

Abstract

Resulting from their purpose of becoming out-state spaces for the development of a new kind of interrelations and mediations between individuality and sociability, social movements are a pertinent context for a re-analysis on the senses of alterity and social mediations, as well as its links. The article proposes a (meta)theoretical analysis of the complexities of the dynamics for the development of alterities and alternativities from these social agents, considering its diversity, its different perspectives on social conflict and social change, and its em-

cación y en la visibilidad. En correspondencia con estas características, se exponen algunas de las posibles tendencias en su (deseo de) devenir alteridades alter(n)ativas: duras pero flexibles, articulables y articulantes -en síntesis: unas alteridades en movimiento que pretenden devenir movimientos altera(c)tivos.

Palabras clave: alteridad, alternatividad, movimientos sociales, comunicación, mediaciones.

phasis on communication and visibility. Consequently, the text analyses some of the possible tendencies on their (hope of) becoming alter(n)ative alterities: hard but flexible and articulative -in summary: alterities in movement which are trying to become altera(c)tive movements.

Keywords: alterity, alternativity, social movements, communication, mediations.

1. INTRODUCCIÓN: PROPUESTA TEMÁTICA Y METODOLÓGICA

Los denominados “nuevos” movimientos sociales han devenido, desde mediados del siglo pasado, actores con un particular peso en los vínculos y relaciones sociales, esto es, tanto en las interacciones con copresencia como en las interacciones sin ella (Sotolongo y Delgado, 2006)¹. Tal importancia se ha acrecentado, desde la pasada década de los 90, con los que se han dado en llamar “novísimos” movimientos sociales (Romaní, 2003) o “nuevos movimientos globales” (Calle, 2005).

Los intentos por conceptualizar a los movimientos sociales han procedido de dos escuelas fundamentales: la norteamericana y la europea. La primera -cuyas dos principales propuestas son la teoría de la movilización de recursos y la de oportunidades políticas-, propone una perspectiva centrada mayormente en las condiciones de posibilidad, en el contexto sociohistórico coyuntural, para la emergencia y continuidad de un movimiento social y presenta un enfoque con rasgos que apuntan hacia los principios estructural-funcionalistas. La segunda -cuya propuesta más importante es la denominada teoría de los nuevos movimientos sociales-, pone énfasis en la dimensión cultural e identitaria.

Proponer una síntesis conceptualizante del término “movimiento social” implica superar dos dificultades analíticas:

1) La primera, consiste en el doble uso de la noción “movimientos sociales”. Por un lado, esta noción expresa un modo de participación social colectiva; pero, por otro lado, también expresa una cualidad general de la socialidad moderna, a saber, la movilidad social -frente a las socialidades más rígidas de la Antigüedad y el Medioevo. Esta movilidad puede tener, a su vez, tres sentidos distintos: un sentido físico- geográfico, con el desarrollo de formas de transporte mucho más rápidas y masivas. Un sentido simbólico-identitario, gracias al desarrollo, básicamente, de la comunicación y sus dispositivos tecnológicos desde la imprenta. Y un sentido económico-político, en tanto que recurso constitutivo de los procesos hegemónicos modernos, manifiesto en procesos como el

¹ La copresencia implica que en unas determinadas situaciones de interacciones sociales hay un “encuentro físico”, una “continuidad espacio-temporal entre los hombres y mujeres concretos y reales, los ‘quién(es)’, involucrados en el patrón de interacción social dado” (Sotolongo y Delgado, 2006: 136).

movimiento pendular de expansión/proletarización de la denominada clase media.

2) La segunda consiste en la diversidad de manifestaciones que pueden adoptar los movimientos sociales entendidos como forma de participación social colectiva. Por lo general, esta diversidad es asumida como una marca de identidad, que se refleja en aspectos como sus distintas modalidades de institucionalización y estructuración, en sus tipos de prácticas o en los temas que les preocupan y marcan su emergencia: el género y la diversidad sexual, el pacifismo, el medio ambiente, la etnicidad, etc. Que *lo común sea la diferencia o la diversidad* supone una particularidad especialmente significativa para la comprensión de los juegos de intermediaciones entre las distintas dimensiones socio-económicas y político-culturales de sus prácticas, sobre todo aquellas de naturaleza expresiva o simbólica.

El análisis que se presenta toma como referencia este segundo sentido de la noción de movimiento social, entendido como fenómeno social específico. Estos agentes sociales se pueden abordar desde varios ejes analíticos transversales, entre los que destacamos tres: conflicto, comunicación e institucionalidad. Estos tres ejes hallarían un punto de encuentro teórico en el par alter(nativ)idad e (inter)mediación. El objeto del presente texto es, precisamente, mostrar la pertinencia de esta doble dimensión alter(nativ)idad/ (inter)mediación para pensar cómo pueden articularse los ejes analíticos mencionados, sobre todo en relación con el sentido de (extra)institucionalidad que caracteriza a determinados movimientos sociales y que se refleja en su deseo de convertirse en escenarios no instituidos de cambio social (Zibechi, 2004).

La noción de alter(nativ)idad intenta ser una articulación entre los sentidos de la alteridad y la alternatividad. Lo alternativo no siempre resulta alterativo en su sentido más profundo, pues muchas veces lo alternativo en el contenido ha terminado reproduciendo las formas dominantes. Lo alterativo apunta a lo que altera y a la otredad (alter); lo alternativo, también a la otredad, así como a lo que alterna. La noción de (inter)mediación tiene una deuda evidente con el concepto de mediación (Martín Barbero, 1987). La adición de lo *inter* pretende destacar lo relacional y los entrecruzamientos mutuos que atraviesan el entramado media-

cional social, apuntando a la condición del estar “en y entre” al mismo tiempo, que sintetiza la noción de *in-betweenness* (Bhabha, 1994).

Lo alter(n)ativo y lo (inter)mediacional ofrecen un soporte epistemológico adecuado para aproximarse a las dimensiones conflictiva, comunicativa e institucional de los movimientos sociales. En primer lugar, por la clara cualidad relacional de estas tres dimensiones. Y además, porque cualquier propuesta de cambio tiene en las mismas un trío de ejes centrales. El conflicto está en la génesis de esa alter(nativ)idad mientras que por la institucionalidad transcurre la posibilidad de su continuidad, desaparición y/o distorsión. La comunicación, dada su centralidad en las sociedades contemporáneas, es garante de la visibilidad y dimensión básica de lo relacional.

El análisis se presenta desde una perspectiva principalmente (meta)teórica. Para ello, tomará como fundamentos teóricos, de una parte, las principales teorizaciones en torno a los distintos aspectos de los movimientos sociales, y de otra, los resultados obtenidos de investigaciones precedentes². Se propone así una síntesis en la cual se articulen formulaciones teóricas obtenidas en conclusiones de indagaciones anteriores, con presupuestos conceptuales de la teoría social general, la teoría comunicativa de las mediaciones y las teorías sobre movimientos sociales. Lo empírico, en este caso, no se presenta en forma de datos cuantitativamente representativos, sino de casos cualitativamente significativos y de las referidas conclusiones. Estamos, por consiguiente, ante un texto que metodológicamente se ubicaría, en cierta medida, en un segundo nivel de teorización.

A partir del examen de las tres dimensiones mencionadas de los movimientos sociales y sus diversas interrelaciones, se avanzará hacia la lectura de la alter(nativ)idad presente en estos actores colectivos, desde el paradigma de la mediación. El propósito final es mostrar que el entramado conceptual entre alter(nativ)idades e (inter)mediaciones resulta un soporte epistemológico adecuado para una comprensión compleja de los esfuerzos

² Se trata de investigaciones realizadas por el autor en la última década, en esencial sobre la dimensión comunicativa de los movimientos sociales latinoamericanos. Los resultados de estos análisis pueden encontrarse en diversos artículos publicados en revistas latinoamericanas. El hecho de que tales investigaciones hayan tomado como universo de análisis el contexto latinoamericano, debe anotarse como condicionante de los análisis teóricos presentados. Para consultar algunos de esos resultados de investigación, véase Bacallao (2003, 2008).

de los movimientos sociales por configurar un nuevo régimen de interrelaciones entre individualidad y socialidad.

En tal sentido, una dimensión de especial interés es la condición mediacional comunicativa de estos agentes, una cualidad particularmente significativa en los movimientos de las últimas décadas. De ahí que se otorgue un mayor énfasis a la escuela europea que a la norteamericana, dado el reconocimiento de aquella a la dimensión cultural, simbólico y comunicativa de los movimientos sociales (véase Melucci, Touraine). Asimismo, el texto toma como referencia principal para el análisis a algunos de los actuales movimientos sociales latinoamericanos más importantes que se posicionan desde lo antisistémico, en especial respecto al modelo globalizador neoliberal. Ello, obviamente, restringe el alcance temporal y espacial de los análisis. Sin embargo, la creciente importancia de estos agentes sociales en el entorno latinoamericano en los últimos veinte años, y su rol en la articulación del denominado “movimiento social global”³, resultan argumentos que otorga significatividad analítica a la indagación presentada.

2. MOVIMIENTOS SOCIALES: ESCENARIOS DE ARTICULACIONES MÚLTIPLES MULTIDIMENSIONALES

2.1 Conflictividad, alternatividad y comunicación en los movimientos sociales

Una dimensión que se presenta como posible eje transversal pertinente para una comprensión de los movimientos sociales, sería la conflictividad. A partir de una revisión de las principales teorías, Diani (2000: 169) propone una teorización de los movimientos sociales que toma en cuenta tres aspectos básicos de sus dinámicas: “redes de relaciones entre una plu-

³ Una cronología mínima de los más importantes movimientos sociales latinoamericanos de América Latina durante las dos últimas y de su trascendencia a nivel global, incluiría desde el surgimiento del zapatismo (1994); la Guerra del Agua (enero-abril de 2000) en Cochabamba; las movilizaciones de los pueblos originarios en Ecuador que llevaron a la renuncia del presidente Jamil Mahuad; las asambleas barriales, movimientos de desocupados y ocupación de empresas en Argentina (2001); o la propia convocatoria y realización en Porto Alegre, Brasil, del Foro Social Mundial por vez primera (2001).

ralidad de actores; identidad colectiva; [y] temas conflictivos”⁴, descartando a su vez que “[los] estilos anti-institucionales de participación política o actitudes antisistémicas⁵ deban constituir un atributo distintivo del concepto de movimientos sociales”⁶.

Un concepto analítico de movimiento social quedaría enunciado como “una red de **interacciones informales entre una pluralidad de individuos**, grupos y/u organizaciones, involucrados en un **conflicto cultural o político**, sobre la base de una **identidad colectiva compartida**”⁷ (Diani, 2000: 165; énfasis propio). Touraine (2002) coincide con este punto de vista, al conceptualizar a los movimientos sociales “básicamente, como conflictos organizados o como conflictos entre actores organizados sobre el uso social de valores culturales comunes”.

Los movimientos sociales suponen una relectura de la conflictividad, marcada por una ampliación de la misma, la recuperación de dimensiones subestimadas y/u olvidadas, así como una nueva comprensión de su temporalidad. En este último aspecto, habría un tránsito desde un tiempo marcado por la institucionalidad política moderna, básicamente los ciclos electorales, hacia otro signado por la réplica a la temporalidad económico-política de visibilización hegemónica, cuya expresión más recurrente serían las denominadas contracumbres. La meta última es llegar a una temporalidad autónoma y permanente de presentación de la conflictividad social, sintetizada en el deseo de transitar desde la *protesta* a la *propuesta*.

A los movimientos sociales se les presenta como respuesta, desde lo social, a un déficit y disfuncionalidad mediacional entre este y “lo político”, entendido en sus formas modernas dominantes (partidos, grupos de inte-

⁴ En inglés en el original: “networks of relations between a plurality of actors; collective identity; conflictual issues”. Traducción del autor.

⁵ Es evidente aquí la oposición a posturas como la de Wallerstein (2004) quien establece la distinción comparativa precisamente entre movimientos *antisistémicos* tradicionales y los nuevos movimientos sociales; o con Alberoni (1984) y su diferenciación entre *movimiento* e *institución*.

⁶ En inglés en el original: “[the] anti-institutional styles of political participation or anti-systemic attitudes may constitute a distinctive trait of the concept of social movements”. Traducción del autor.

⁷ En inglés en el original: “a network of informal interactions between a plurality of individuals, groups and/or organizations, engaged in political or cultural conflict, on the basis of a shared collective identity”. Traducción del autor.

rés, etcétera) (Neidhart y Rucht, 1991). Aunque solo en un sentido metodológico, puede establecerse aquí una distinción entre la dimensión interna y externa de la acción de estos. Así, las novedades en la comprensión de la alteridad en los movimientos sociales se expresarán tanto hacia lo interno de sus prácticas como en su condición de actores colectivos para la participación social. De la misma manera que, como sujetos colectivos, serán agentes de mediación social, a la vez que sus propias dinámicas interiores resultan un singular entramado de mediaciones.

Pero la distinción dentro/fuera en los movimientos sociales no resulta tan estricta como en otras formas organizativas modernas (partidos) y sus respectivas *militancias*. Los movimientos sociales están más próximos a un *sentido de pertenencia* que otorga una mayor fluidez y movilidad a la integración de los sujetos individuales en las dinámicas colectivas. Por tanto, en el análisis de la dualidad mediacional y conflictiva de los movimientos, en lugar de las dicotomías excluyentes y jerárquicas propias del pensamiento occidental (ser/no ser; hombre/mujer; etcétera), resulta más adecuado acudir a la dualidad articulación-visibilidad.

Esta dualidad tiene una clara naturaleza comunicativa y se encuentra interrelacionada con la complementariedad relacional entre alter(nativ)idades e (inter)mediaciones que distingue a los movimientos sociales. Pensar la alter(nativ)idad y la condición (inter)mediacional de los movimientos sociales desde la comunicación es coherente con la importancia de esta dimensión en la praxis de tales actores sociales, al punto de uno de sus principales desafíos sea articular “una agenda social en comunicación” (Burch, 2003).

Analicemos, primeramente, el segundo elemento de este par: la visibilidad.

La invención de lo social que acompaña al proyecto de la modernidad (Arendt, 2005), aparece atravesada por varias tensiones paradójicas. Una de ellas se presenta entre visibilidad e invisibilidad. Por un lado, se recurre a ciertas metáforas de la invisibilidad (Luhmann, 2007) como fundamento explicativo para la emergencia de un orden social a partir de individuos libres y autónomos. Es el caso de la “mano invisible” del paradigma liberal smithiano, o el Espíritu universal hegeliano que se encarna en el Estado. Pero, al mismo tiempo, la modernidad se presenta como un régimen de

visibilidad (Foucault, 1980), que garantiza la democracia y la transparencia de las relaciones sociales de poder, en contraposición a la oscuridad medieval, en la cual el poder y sus resortes se ocultan, incluso literalmente, tras los muros de castillos y palacios.

Aun cuando esta promesa de visibilidad resulta engañosa y confiar en ella resulte ingenuo, esto no disminuye la tensión, el menos en el imaginario moderno, entre visibilidad/invisibilidad. El correlato de tal tensión -o, mejor dicho, su fundamento- es otra paradoja, aún más compleja: la de una socialización a partir de la individualización. Como bien se ha dicho, la modernidad es ante todo eso: un proceso permanente de individualización. Pero, como ha mostrado la realidad, resulta mucho más fácil *visibilizar lo invisible* (posible a través de recursos simbólicos, metafóricos) o *invisibilizar lo visible* (realizable mediante la mentira o la manipulación) que alcanzar una socialidad individualizada o una individualidad socializada. Sobre todo, si se pretende lograr un juego de intermediaciones respetuosas entre lo concreto y lo universal, lo uno y lo múltiple, la individualidad y la socialidad, lejos de los extremismos individualistas propios del liberalismo y colectivistas característicos del realismo.

La cuestión de la visibilidad resulta particularmente significativa para una comprensión de la alteridad y las mediaciones desde los movimientos sociales, en cuyas prácticas la alteridad se presenta como *visibilidad de la conflictividad*. Esta posición resulta claramente distinta a las dinámicas propias de los partidos políticos, los cuales asumen la alternancia (en la ocupación de las instituciones) como *representación de la conflictividad*. La representación, recordemos, sería una presentación degenerada o desgastada, en el sentido de pérdida de dimensiones, de calidad, diríamos apropiándonos de la lectura que hace Ibáñez (1994) de ciertas metodologías de investigación social. En esta característica de los movimientos sociales ancla una re-lectura en el sentido de la *alteridad*, entendida no como *alternación* sino en tanto que *alteración*.

En la perspectiva de los movimientos sociales que hemos estudiado en la última década, *alterar* y *alternar* remitirían a dos maneras distintas de asumir la participación social, desde lo *presentativo* y lo *representativo*, respectivamente. Los movimientos sociales, a través de sus singulares repertorios de acción (sentadas, marchas, cortes de ruta, ocupaciones) *presentan* sus *alteridades*, en lugar de acudir a formas de actuación según las estruc-

turas *representativas* tradicionales modernas. Esto se manifiesta, además, en sus particulares concepciones acerca de las relaciones entre líderes o referentes de los movimientos y la totalidad de sus miembros. Así, por ejemplo, encontramos la puesta en práctica de formas de dirección colectivas - uno de los principios del Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil-, o de dinámicas rotatorias y por tiempo limitado de dirección -como en el caso del movimiento zapatista-.

El análisis de las especificidades de los movimientos sociales, como parte de la comprensión de las alteridades en las sociedades contemporáneas, puede plantearse a partir de la distinción entre lo que se ha dado en llamar lo social instituido y lo social instituyente (Castoriadis, 1983; Maffesoli, 1993, 2009). Los movimientos sociales serían parte (y, probablemente, una de las más significativas en las sociedades globales actuales) de las alteridades sociales que “en tanto que agencias del no ser de lo social instituido, son seguramente el mejor camino para acceder a lo instituyente” (Bergua, 2007: 10). Sin embargo -precisa este propio autor- ello no significa que estos *sean* lo instituyente, el cual se ubicaría en espacios más profundos y básicos de la socialidad. Esta postura podría asociarse a una cierta visión metafísica de la *alteridad*, ligándola a unas formas de socialidad en estado puro que recuerdan el propósito de Simmel (1986) de hallar una dimensión estrictamente social/sociológica de la realidad. Pero, evitando tales lecturas, lo más significativo de este enfoque es que remite a la pregunta sobre las relaciones entre alteridad y expresividad y, en última instancia, a la interrogante sobre en qué medida es la alteridad algo más que *la expresión de la alteridad*.

Los “nuevos” y “novísimos” movimientos sociales otorgan una especial importancia a la dimensión expresivo-simbólica de sus ac(tua)ciones. Ello estaría asociado a una necesidad de presentación de la conflictividad (y de las dominaciones), en todas sus dimensiones posibles. Este ejercicio forma parte de una recuperación crítica de aquellas dimensiones que fueron olvidadas por el pseudomarxismo chatamente economicista, el cual las redujo al par capital/trabajo y colocó al proletariado como actor único de la Historia. Hay una conexión directa aquí con la cuestión de la relación entre lo individual y lo social, ya que el eje central de esta perspectiva pseudomarxista resultó la anulación del individuo frente al Estado, la sociedad y la Historia, y un enfoque distinto implica una recuperación de aquel como sujeto actuante. Una recuperación de alteridades, y su visibili-

zación, conecta así con un rescate de la individualidad de su subordinación respecto a lo colectivo, propia del comunismo de Estado.

Esta significatividad de la comunicación se expresa en el despliegue de sitios web, la gestación de redes, la realización de campañas, etcétera, llegando al punto de que algunos de sus propios miembros llegan a cuestionar el exceso de espectacularización de sus formas de acción. En cierto modo, se apunta a una *altervisibilidad* como eje de sus dinámicas. Lograr una visibilidad propia no distorsionada -frente a la presentada por los medios de comunicación hegemónicos globales-, suele ser el encargo primero de los espacios de comunicación *alternativa* desarrollados por el llamado “movimiento social global”. Tal concepción conduce a que muchos de estos espacios se lleguen a autodefinir en principio como “contrainformativos”, antes que alternativas de comunicación (Bacallao, 2005).

Pero esta especial importancia concedida a la comunicación, en su vínculo con la alteridad, debe analizarse en relación con otras características de los movimientos sociales. Desde su emergencia en los años 60 hasta los movimientos antistémicos que han emergido a partir de la pasada década del 90 (véase Holloway, 2002), estos actores han mantenido como un rasgo disponible su postura contra o anti-poderes instituidos. Tal posición se expresa en una auto-exclusión de las estructuras y mecanismos modernos concebidos para la participación en la vida pública, en especial los procesos electorales. Esta circunstancia puede derivar -dada la centralidad comunicativa- en una cierta tendencia a la sustitución del poder estatal (al que se renuncia) por el poder comunicativo, que estaría en el origen de las posibles confusiones entre *alteridad* y *visibilidad de la alteridad*.

De manera general, los movimientos sociales suelen hacer énfasis en declarar que *son “lo que no son”*, a la vez que, con frecuencia, reconocen *no ser lo que (deben/desean/dicen) ser*, como consecuencia de las tensiones y disoluciones a que se enfrentan en sus experiencias para lograr la continuidad entre ser y deber-ser. Los sentidos de la alteridad se configuran así a través del deber-desear-decir *ser* de esa alteridad. Un *ser* que, además, insiste desde su denominación misma en el hecho de que, siguiendo la perspectiva freiriana, *está siendo*: se trata de un ser *en movimiento*. Es decir: estamos frente a un “ser de la alteridad” que se define desde el “no ser” (negación del sistema dominante), como un proceso en construcción y que se reconoce no siempre se corresponde con el deber-desear ser.

En tales circunstancias, la vivencia comunicativa de la alteridad deviene recurso fundamental, sobre todo para unos actores cuyo proyecto tiene entre sus ejes esenciales la *convivencia de* alteridades, ese mundo “en el que quepan muchos mundos” zapatista. El proceso de emergencia de este mundo no sigue las pautas de la denominada “estrategia revolucionaria en dos pasos”. Su realización no se concibe así a través de una *alteridad* en el poder (“toma” del Estado-nación), sino en una situación de convivencia con –o mejor dicho, al interior de– el proyecto que las niega. Los movimientos sociales serían unas alteridades en situación de permanente resistencia, en una suerte de *exterioridad interior* respecto a los vínculos y relaciones sociales dominantes.

En los análisis acerca de lo que se ha dado en llamar la “comunicación alternativa”, una concepción ha sido considerar que lo *alternativo* ha de ser necesaria y, por definición, inherentemente *alterativo* (Reyes Matta, en Mogollón y Palacios, 1989: V-VI, 12; Willener, 1979: 16). No debe limitarse solo a ejercer una *oposición* sino, al mismo tiempo, asumir una actitud de *proposición*. Esta cuestión remite al ya mencionado e interminable debate entre protesta y propuesta en las prácticas de los movimientos sociales, y la necesidad de transitar, en sus acciones, desde la primera a la segunda.

Acudiendo a una suerte de rejuego lingüístico, se podría precisar con algo más de detalle la diferencia que se propone entre:

1) la *alternatividad*: natividad, del latín *nativitas*, significa “nacimiento”, por consiguiente estaríamos nombrando aquí, literalmente, el “nacimiento del *alter*”; y

2) la *alteridad*: ligado, según esta comprensión que se propone, a lo *alterativo*, a una agencia que *altera* determinados vínculos y relaciones sociales, a la par que se *altera* a sí mismo; es decir, práctica revolucionaria, según la definición marxiana (Marx, 1969): la transformación del ordenamiento socioindividual.

La interrogante será en qué medida el nacimiento de *alter* implica, necesaria y directamente, un cambio, más allá del *alter* en sí mismo. Una posible respuesta a esta interrogante, en el escenario específico de los movimientos sociales que se articulan en el movimiento social global, pasa por

el análisis de ciertas apropiaciones de las TIC. A partir de lo un cierto neodeterminismo tecnológico en algunos de los miembros de estos agentes colectivos, se pone de manifiesto en ellos una postura *interactivista*. Esta toma cuerpo en un igualamiento entre niveles de interactividad y niveles de participación, sin tener en cuenta que estamos ante procesos que tienen lugar en dos dimensiones distintas: tecnológica y cultural-política, respectivamente (Bacallao, 2005).

Tales posiciones *interactivistas* aparecen ligadas a -y en alguna medida facilitan la emergencia de- posturas *alternativistas*. El alternativismo no resulta, en sentido estricto, un fundamentalismo, sino que es más bien la nueva forma del viejo sectarismo de izquierdas del siglo XX y expresión de un cierto infantilismo. El resultado es la emergencia de un individuo más *alteractivo* -un *alter* en actividad constante, para ser visible-, que *alterativo*, es decir, un *alter* que se transforma a sí mismo y a su realidad. Expresión de esos individuos más alteractivos que alterativos, sería, en el caso de los espacios de comunicación, la persistencia en aquellos de posiciones verticalistas.

El alternativismo estaría asociado asimismo a un sentido de *alteridad en la alteridad*; una, si se quiere, alteridad de segundo grado. La complejidad de esta circunstancia se acrecienta dado que, como se ha mencionado, los movimientos sociales asumen una posición de alteridad trascendente, en situación de convivencia con la alteridad antagónica. En los procesos de *reconocimiento en movimiento* que tienen lugar, se vivencian alter-tensiones internas como parte de la (necesaria) emergencia de alter-reticularidades en ese espacio-dentro que son las prácticas de los movimientos. Esas alter-tensiones internas estarán inherentemente mediadas por las alter-oposiciones con las alteridades oponentes exteriores (mercado, Estado), lo cual deriva en una mayor complejización para las primeras.

Los procesos de articulación interna entre los movimientos sociales de América Latina, tanto a nivel nacional como latinoamericano y global, muestran efectivamente cómo las posturas de estos atraviesan tales dinámicas de articulación, generando continuas conflictividades entre ellos. Se reconoce que no se trata de un proceso sencillo sino atravesado por continuas disensiones y sectarismos. Estos se generan tanto por diferentes principios de posicionamiento, anti-neoliberal o anti-capitalista (e incluso socialista), como por las posturas respecto a los gobiernos en el poder. Por

ejemplo, en relación con este último aspecto, en el caso argentino, el posicionamiento con respecto al kirchnerismo es un eje central en los procesos de articulación nacional de los movimientos sociales.

En este re juego de alter-tensiones y alter-oposiciones, el deber-ser de la otredad de los movimientos sociales se define básicamente por sus condiciones de posibilidad. El lema “Otro mundo es posible” no dictamina cuáles han de ser las características de ese deber-querer ser de la alteridad, en sintonía con el explícito rechazo de estos actores sociales a establecer proyectos o esquemas previos totales. Esto responde al temor de que el proyecto termine por adquirir autonomía y devenga recurso de dominación sobre los sujetos.

Otras dos frases complementan esa referencia al deber-ser de la otredad en los movimientos sociales: “Unidad en la diversidad” y “Pensar globalmente, actuar localmente”. En ambos casos, se trata de articulaciones discursivas de dimensiones o cualidades que a primera vista, y según los lugares comunes, se presentarían como polaridades excluyentes, cuasiparadojas discursivas. En el nivel lingüístico, se destaca que los elementos contenidos en las soluciones enunciativas de esta alteridad/alternativa definida por sus condiciones de posibilidad, no se conectan por medio de conjunciones copulativas, las cuales por definición reúnen en una sola unidad funcional dos o más elementos homogéneos e indican una relación de *adición*. Por el contrario, en el segundo caso, la conexión se realiza mediante una articulación directa a través de un signo de puntuación y, en el primero, a través una preposición que indica un matiz relacional de medio, modo, lugar, o tiempo.

Estas elecciones lingüísticas dan cuenta de una vocación por la complejidad y una opción por aquellas modalidades de alteridad que suponen un mayor desafío en su configuración y en su articulación a los procesos, vínculos y relaciones sociales. En tal sentido, resulta interesante la distinción que propone Braudillard (citado por Martín Barbero, 1994) entre una “alteridad dura” y aquella forma de diversidad simplificada y descomplejizante del otro que proponen los medios dominantes, signada por una diferenciación funcional al sistema. Tomando como referencia esta diferenciación, al analizar lo alternativo en comunicación, Martín Barbero (1994) considera que este, como cuestión relacionada con el pluralismo comunicativo, trasciende definitivamente los problemas de “expresión” -de un poco

más de espacio en los medios para las minorías o los radicales-, para convertirse en una cuestión de fondo, de mayor calibre y espesor, tanto desde la perspectiva filosófica como política. Con este apunte, se recupera el sentido complejo y profundo de la condición alternativa de la comunicación.

2.2 La mediación como lugar teórico de convergencias en los movimientos sociales

La condición mediacional de los movimientos sociales en tanto que sujetos colectivos transcurre en gran medida a través de los recursos de visibilidad que estos despliegan, como parte de sus presentaciones de alter(nativ)idades. Aquí la visibilidad es (recurso de) mediación social. Una lectura simple de la cuestión se limitaría a buscar aquellos síntomas o características que, en los movimientos sociales, apuntarían -de manera más o menos explícita- a las distintas dimensiones de la mediación: ritualidad, socialidad, institucionalidad y tecnicidad (Martín Barbero, 1987, 1991). Así, se trataría de vincular la ritualidad a sus peculiares formas de ac(tua)ción y la tecnicidad a sus particulares y significativas apropiaciones de las TIC. Por su parte, la institucionalidad se entendería asociada a su condición contra-institucional, o mejor, según la terminología analítica de Lapassade y Lourau (1974), anti-institucional, así como a su intención de inaugurar unas otras interrelaciones entre individualidad y comunidad.

Una comprensión compleja de la mediación supone comprenderla en tanto que recurso para evitar que la visibilidad derive en posturas alternativas en los movimientos sociales. Y esta perspectiva requiere transitar senderos ubicados en regiones teóricas más profundas, más allá de este simple inventario dimensional. La mediación⁸ es *lo que está en medio*, uniendo y separando al mismo tiempo, atravesando la relación de lado a lado, dando cuerpo y consistencia a la totalidad, en una mezcla de encuentro y resistencia, inherentemente conflictiva. Siguiendo a Martín Barbero (1987: 233), la mediación puede definirse como las dimensiones que atraviesan los procesos de producción de sentido asociados a las prácticas sociales, “los lugares de los que provienen las constricciones que delimitan y configuran la materialidad social y la expresividad cultural [de los procesos comunicativos, en este caso]”. A través de estos tiene lugar la coagulación o anu-

⁸ Mediar, del latín *mediāre*, significa la existencia o presencia de *algo -y su acción-* entre dos (o más) cosas o sujetos; se asocia a *intervenir* o *interceder*; se emplea para dar cuenta, precisamente, de procesos y contenidos comunicativos.

dación -pero, y esto es fundamental, sin devenir cosificación- entre lo económico y lo simbólico, lo macro y lo microsocioal, lo popular y lo masivo, la producción y el consumo.

La mediación se ubica en esa cualidad intrínseca a cualquier práctica social, en la cual convergen unas ciertas condiciones socio-históricas y unos modos específicos de apropiación de aquellas por parte del individuo o grupo. Las mediaciones darían cuenta, justamente, no solo de las múltiples dimensiones de la relación entre tales condiciones sociohistóricas y sus diversas apropiaciones socioindividuales, sino también de la forma de esa relación y de los posibles sentidos asociados a ese entramado relacional dinámico. Unos sentidos que son parte del propio proceso de configuración, que no se configuran antes ni después, sino que emergen en régimen de simultaneidad. Las mediaciones enuncian, en fin, la naturaleza relacional-procesual de ese entramado entre lo individual, lo social, lo histórico, lo cultural, lo simbólico, en tanto que totalidad compleja.

El paradigma de la mediación que se propone desde los estudios de comunicación se fundamenta en un concepto de cultura “en sentido antropológico” que “nos permita pensar los nuevos procesos de socialización”, entendidos como aquellos “a través de los cuales una sociedad se reproduce, esto es sus sistemas de conocimiento, sus códigos de percepción, sus códigos de valoración y de percepción simbólica de la realidad” (Martín Barbero, 1987: 230). De tal suerte, el enfoque de la mediación se abre desde lo comunicativo hacia una comprensión de lo social general, a partir de una perspectiva que recupera la complejidad de la articulación entre las dimensiones material y simbólica de los vínculos y relaciones sociales, según un principio que pudiéramos denominar del *inter*⁹.

En las prácticas de los movimientos sociales, este principio se manifiesta en una comprensión de las dinámicas socioindividuales en tanto que un entramado de atravesamientos mutuos de *interacciones*, *intercambios*, *interdependencias* e *interrelaciones*, de manera que cualquier dimensión siempre *está en medio de* y al mismo tiempo *es mediada por*. Esta dualidad del *estar mediando* y *ser mediada*, supone una solución dialéctica a la tensión del ser-estar, que ofrece un soporte epistemológico para comprender la

⁹ Del latín *inter*, significa “entre” o “en medio”.

complejidad y multidimensionalidad de las prácticas de los movimientos sociales.

Como expone Martín Serrano (1986: 22-23), el paradigma de la mediación propone una respuesta epistemológica a las tendencias deterministas en el análisis de lo sociohistórico. Se presenta así como referente conceptual para el estudio de las prácticas sociales en las cuales se articulan - sin posibilidad de ser disociadas ni analizadas por partes, sino exigiendo un análisis integral e integrado de las mismas-, información, materia y acción (o lo que es lo mismo: conciencia, bienes y conductas). En consecuencia, ofrece un soporte teórico para el análisis relacional-dialéctico de la articulación de la dimensión comunicativa en el entramado de los vínculos y relaciones sociales generales. Una articulación que tiene lugar tanto en los niveles epistemológico¹⁰ y práctico, como microsociales (vínculos sociales y comunicativos en situaciones de copresencia) y macrosociales (sistema comunicativo/sistema social).

El análisis histórico de esa articulación de lo comunicativo en el entramado social, muestra una tendencia, en cierto modo, a la sustitución de las acciones ejecutivas por expresivas. Sin embargo, tal reemplazo aparece delimitado por la necesidad de la acción ejecutiva para cambiar el mundo y la necesidad de la acción expresiva para significar el mundo (Martín Serrano, 1986). De ahí que, en un plano práctico-concreto, en la mayoría de los casos, se combinen actos ejecutivos y expresiones comunicativas, de forma que “la unidad de análisis para estudiar los comportamientos, no es ni la comunicación ni la coactuación: es la interacción” (Martín Serrano, 2007: 199).

En términos de Mario Kaplún (1985), en las prácticas nos encontramos ante un proceso articulado y permanente de acción-reflexión-acción, dando cuenta así de un entrelazamiento entre comunicación y coactuación según el paradigma de la (inter)mediación. No se debe obviar, en este punto, que en las dinámicas de los movimientos sociales, la comunicación se presenta como alternativa en sí misma, escogida entre todo el repertorio de acción disponible (Tilly, 1992, 1995).

¹⁰ Como expone Wolton (1999) no hay teoría de la comunicación sin teoría de la sociedad; a lo que habría que añadir una interrogante: ¿y viceversa?

Si la mediación resulta un régimen de interdependencias mutuas y escenario donde tienen lugar los procesos de negociación de los posibles sentidos de la experiencia, entonces se puede afirmar que la *densidad alter-nativa* se dibuja, precisamente, en ese *entramado mediacional*. En la configuración de la calidad y densidad de la visibilidad, la radicalidad aparece como mediación central constituyente: a cada tipología de esta corresponderá una cierta condición de posibilidad de aquella. Los modos de radicalidad que asumen los movimientos sociales -desde posiciones reformistas hasta posturas explícitamente anticapitalista-, marcan su alter(nativ)idad y, por consiguiente, sus recursos de visibilidad.

Cada modo de radicalidad supone una cierta dinámica mediacional, sobre todo en el campo comunicativo. Esto abre la puerta a una nueva comprensión de las relaciones entre lo político y lo social en los movimientos sociales, lejos de las visiones estrechas que presentan a estos actores como negación/sustitución de “lo político” por “lo social”. En realidad, estamos ante la propuesta de un nuevo régimen alter(nativ)ivo de mediación entre politicidad y socialidad, en el cual la radicalidad juega un rol central. De ahí que los movimientos sociales devengan escenario significativo para la indagación en torno a un encuentro posible entre *lo inter* y *lo alter*, que tiene en la dimensión comunicativa uno de sus ejes principales. Esta centralidad de la dimensión comunicativa no se debe a que sea una suerte de “lugar único”, sino a su particular dualidad simbólico-instrumental y su significatividad en los procesos de articulación entre mediaciones y conflictividades.

El deber-ser, para los movimientos sociales, es desplegar, desde su acción y experiencias, alteridades duras frente a las alteridades blandas de los discursos funcionales a la dominación. Pero estas alteridades duras deben ser, a la vez, no rígidas (fundamentalistas) sino flexibles. En esa *alteridad dura pero flexible*, se halla la condición de posibilidad para que resulten alteridades no solo *articulables* sino también *articulantes*, una dualidad que remite a la dialéctica estructurado/estructurante del *habitus* (Bourdieu, 1991: 88-89). Arribamos, de tal forma, a la dimensión de la articulación, segundo elemento de la dualidad relacional¹¹ planteada en un principio como propuesta para acceder al entramado de interrelaciones

¹¹ La dualidad visibilidad-articulación.

entre conflictividades y mediaciones desde la dimensión comunicativa en los movimientos sociales.

La dimensión mediadora de estos actores colectivos no solo está asociada a la visibilidad, sino también a la articulación. Y en este caso vuelve a presentarse otra tensa dualidad entre dos encargos de las prácticas comunicativas. Los miembros de los movimientos reconocen que desarrollar auténticos procesos de articulación resulta uno de sus más importantes desafíos. Aquí la dimensión comunicativa tiene un particular encargo, más complejo aun que el de la visibilidad. Se trata de gestar un nuevo sentido a esa “unidad en la diversidad”, distinto de las figuras de la “solidaridad de clase” y del “internacionalismo proletario” del socialismo real, que terminaron produciendo *sujetos sujetos*; esto es objetos al fin y al cabo.

En una tipología pertinente para analizar los movimientos sociales, Castells (1999: 30-32) vincula lo que denomina “identidades legitimadoras” a la dominación y las “de resistencia” a la formación de comunas o comunidades de actores dominados en sus procesos de resistencia. Por último, las “identidades proyecto” se asocian a la redefinición, por estos actores, de su posición en la sociedad, como parte de un propósito transformador de toda la estructura social. Esta identidad proyecto produce *sujetos*, entendidos como *el actor social colectivo* mediante al cual *los individuos alcanzan un sentido holístico en su experiencia*, otorgándole sentido a todo el ámbito de *las experiencias de la vida individual*.

Cada uno de estos momentos identitarios, implicaría un sentido o una modalidad de alteridad. Sus distintas variantes estarán vinculadas además, en el caso de los individuos que componen el movimiento, a su calidad en tanto que miembros del mismo, que puede variar desde simpatizantes hasta miembros permanentes. Así, en los movimientos sociales, encontraremos alteridades dominadoras, alteridades de resistencia y alteridades proyecto. Asumir la existencia en sus prácticas de todas estas alteridades -en especial de las dominadoras-, da una medida de las complejidades de su conflictividad interna.

Tomando como base estos distintos tipos de identidad así como de las diferentes modalidades de implicación de los individuos en los movimientos, tendremos distintas densidades de alteridad: desde alteridades más ligeras hasta otras más viscosas. Esa viscosidad de las alteridades estaría

dada por la mayor densidad en el entramado de los compromisos con el movimiento y la multiplicación y profundización de los vínculos y relaciones sociales. Pero la misma no se traduciría en el cierre creciente de una reticularidad fija, como un tejido que va haciéndose más tupido, hasta devenir algo compacto. El resultado será una suerte de incremento de la viscosidad de la socialidad en las dinámicas de los movimientos¹².

Resulta evidente que esta socialidad flexible pero de mayor espesor está en estrecha interrelación con la *dureza flexible* de las alteridades antes mencionada. Se puede afirmar entonces que el eje transversal en la comprensión de los movimientos sociales en tanto que regímenes de alteridades pasa por la propuesta, desde sus prácticas, de unas nuevas (inter)mediaciones entre individualidad y socialidad. El propósito de configurar unas (inter)mediaciones que superen individualismos y colectivismos es un aspecto explícito en las manifestaciones del deber-ser de distintos movimientos sociales, redes y espacios coordinadores de estos.

Por ejemplo, el argentino Movimiento Barrios de Pie (MBP, 2010), declara ser “una organización colectiva, no individual o de grupo”, en la cual predomine “la solidaridad y el interés común, por sobre lo personal y el egoísmo”. La Unión de Asambleas Ciudadanas (UAC, 2010), también de este país, considera que su propósito es devenir “espacio de intercambio, nuevas relaciones y construcción de saberes e ideas”, y ser “espacio de libertad, relación y de origen de una nueva democracia”, sobre la base del reconocimiento de que “la diversidad de individualidades es vital, de lo contrario el crecimiento se detiene”.

¹² Esta viscosidad resulta, en realidad, una cualidad de lo social en las sociedades contemporáneas, pero resulta imposible aquí desplegar el análisis sobre la naturaleza y calidades de los actuales vínculos y relaciones sociales, que explica esta viscosidad social. Por un lado, si bien permite la movilidad y la suspensión de los individuos, también puede provocarles una sensación de ahogamiento (por ejemplo, las tesis sobre la censura por exceso de información). Hablar en estos términos, remite obviamente a la noción de “modernidad líquida”, propuesta por Bauman (2004: 11-12) para dar cuenta de la disolución en las sociedades contemporáneas de los sólidos configurados por la modernidad en sus orígenes, como parte de su configuración de un otro orden que, a su vez, diluyera las amarras medievales, limitantes de la libertad individual de elección y acción. Esos sólidos que se derriten actualmente son, justamente, “los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivas -las estructuras de comunicación y coordinación entre las políticas de vida individuales y las acciones políticas colectivas”. Es evidente la conexión entre la emergencia de ese régimen líquido y los reordenamientos descritos en la tensión individualidad y socialidad.

Por su parte, el Frente Popular Darío Santillán (FPDS, 2010) expresa su “vocación de promover aquí y ahora nuevos valores, nuevas relaciones sociales y de trabajo, nuevas formas de luchar y de actuar políticamente, nuevas formas de relación entre mujeres y hombres, entre hijos y padres, nuevas manifestaciones culturales”. El MST brasileiro, contempla entre sus propósitos no solo la tierra y la Reforma Agraria, sino también que sus asentamientos sean “comunidades bonitas, donde imperen otras relaciones sociales, basadas en la amistad, en la solidaridad” (Joao Pedro Stedile¹³, en Mançano, 2001: 105-106).

Tal propósito tiene una relación directa con los sentidos y las formas de la alteridad. Tres circunstancias hacen que, en las dinámicas de los movimientos sociales, sea posible una recuperación muy especial del sentido inherentemente dual de la otredad: su carácter individual y colectiva al mismo tiempo.

En primer lugar, su objetivo de configurar unas nuevas interrelaciones entre individualidad y socialidad, que se oponen desde su denominación misma al enfoque dominante moderno de oposición entre individuo y sociedad. Esto implica la recuperación desde la *socialidad* de ciertas dimensiones de la alteridad subestimadas o silenciadas por el proyecto de *sociedad* moderna y la teoría social clásica, como lo emotivo, lo simbólico, o lo lúdico (Maffesoli, 1993). Un segundo aspecto es la importancia que se otorga al individuo-en-contexto como sujeto, lo cual abre la otredad al entorno. Por último, la simultaneidad convergente de distintos niveles de acción en las prácticas de los movimientos sociales, que abarcan desde lo individual-local hasta lo global-virtual, pasando por lo nacional-regional. Esta multiplicidad convergente de escenarios ofrece un mapa complejo y reticular de la otredad.

Así como la sociedad no puede comprenderse en tanto que la suma simple de individuos (el todo y las partes, el todo de/en las partes, las partes en/del todo), la alteridad social tampoco puede igualarse a la simple suma aritmética de alteridades individuales (*altersocialidad* ≠ \sum *alterindividualidades*). Una noción que resulta útil para comprender esta perspectiva es la de *habitus*, propuesta por Bourdieu (1999: 205-206) preci-

¹³ Miembro de la Dirección Nacional del MST.

samente para superar lo que describe como la “alternativa fatal” individuo/sociedad y la oposición entre realismo y nominalismo radical. El *habitus* implica un “individuo o cuerpo biológico socializado” o un “ente social biológicamente individuado”, en un enfoque transindividual que esquivaba individualismos y colectivismos. Tomando como referente esta perspectiva, en el caso de la alteridad, podríamos hablar en términos de transalteridades.

Los movimientos sociales se proponen asumir en toda su extensión la multidimensionalidad de la alteridad, pero sin pretender constituir metaalteridades del tipo “clase obrera”, como ocurrió con el pseudomarxismo del *dia-mat*. En tal sentido, una característica que marca la configuración de esas alteridades, es que la misma transite por un permanente proceso de acción-reflexión-acción, tomando prestado el modelo propuesto por Káplún (1985).

La configuración de alteridades articulables y articulantes (cualidades imprescindibles dada la diversidad de estos actores sociales) pasa por (deber-)ser un *movimiento* complementario de reflexividad y acción. La alteridad reflexiva y la acción alterativa se articulan en actos ejecutivos con sentido expresivo y actos expresivos que son, al mismo tiempo, ejecutivos¹⁴. Así, por ejemplo la “recuperación” u “ocupación” de una fábrica por parte de los movimientos argentinos, no tiene solo una dimensión productiva, sino también claramente simbólica. De igual forma, la “toma” de una avenida (piquete) no solo es un acto expresivo sino también literal, pues precisamente en esa literalidad del acto se sustenta su impacto, al interferir en la vida de la ciudad.

La alteridad como movimiento resulta una perpetua relación “de/hacia”. Implica, de forma inherente, entendimiento, re-conocimiento y descubrimiento como parte de la búsqueda de una convergencia trascendente, de novedosas formas de actitud en la existencia, de “estar en el mundo”, que suponen no solo un hecho, sino también un modo de *aparecer*. Esas dinámicas de una “alteridad en movimiento” configuran un entramado de intermediaciones mutuas, de las cuales emergen determinadas modalidades (mejor que niveles) de entrelazamiento. Tales modalidades abarcan desde lo local hasta lo global y la dimensión mediacional comunicativa

¹⁴ Para un análisis epistemológico de los actos expresivos y actos ejecutivos, véase Martín Serrano *et al.* (1982).

juega un rol particularmente significativo. Nuevamente, el paradigma de la mediación se presenta como lugar teórico para la comprensión compleja y dinámica de tales procesos.

En los distintos escenarios de acción de los movimientos sociales, esa aparición de la alteridad resulta en diferentes formas de apropiaciones, ya sea de lugares, tiempos, símbolos, recursos, etcétera. Si bien se trata de una distinción estrictamente metodológica, toda apropiación implica unos determinados *usos* y *asociaciones de sentidos*. Según se trate de acciones que se propongan una apropiación permanente (asentamientos, fábricas ocupadas de forma definitiva) o transitoria (piquetes, cortes de ruta, manifestaciones, sentadas) de territorialidades, se pone de manifiesto una tendencia en las alteridades puestas en práctica.

Hay, por un lado, un predominio de los *usos* en el caso de las apropiaciones permanentes, puesto que existe una necesidad de que estas experiencias sean efectivas y eficaces. Mientras que hay una tendencia al predominio de las *asociaciones de sentidos* cuando se trata de apropiaciones transitorias, pues aquí lo más importante es el impacto simbólico de esas apropiaciones, su cualidad de medio para obtener cierto propósito (visibilización de demandas, denuncias, etcétera). Por supuesto, dado que se trata de una distinción metodológica, no debe entenderse esto como un predominio absoluto, sino relativo, de cada una de estas dimensiones (usos/asociaciones) en cada circunstancia.

Las experiencias de los movimientos sociales son también un escenario significativo para el *continuum* ética-alteridad-responsabilidad-socialidad, propuesto por Lévinas (2001: 178, 179). Este eje es parte de una recuperación de la alteridad y una crítica a la primacía de la ontología, con su consiguiente subordinación del *entre nosotros* y reducción del Otro a lo Mismo, a partir de su despojo de diferencia, rostro, cuerpo, palabra. Para Lévinas (Ídem), el sentido de la alteridad es el fundamento de la ética, porque implica una responsabilidad para con el Otro. Esta es incluso anterior al encuentro mismo, pues se trata de “una responsabilidad respecto de otro a la que estoy condenado *antes* de todo deseo, antes de serme presente a mí mismo y de retornar a mí mismo”. Según este enfoque, esa responsabilidad con el otro “contiene el secreto de la socialidad”, de forma que la condición eminentemente social del ser humano se define con relación al otro, dándose así primacía a la ética sobre la metafísica.

En el caso de los movimientos sociales, la interrelación entre este *continuum* y la oposición ética-ontología aparece atravesada por el hecho de que la constitución de los nuevos sujetos se concibe inherente ligada a la emergencia de unos novedosos vínculos entre individualidad y comunidad. Un propósito que se podría considerar una convergencia armónica y feliz (al menos en su deber-ser) entre las nociones hegelianas de moralidad (*Moralität*) -asociada a la idea del individuo como ente autónomo y primariamente responsable ante sí mismo- y eticidad (*Sittlichkeit*) -ligada al asentamiento de las bases de una verdadera comunidad.

Para los movimientos sociales antisistémicos el *revelarse* resulta, al mismo tiempo, un *rebelarse* (revelación-rebelión). Este hecho deviene mediación transversal entre el sentido ético-relacional de la alteridad y un proceso de constitución de los sujetos individuales que excluye toda posibilidad reducir al Otro a la condición de recurso o estrategia para la reproducción ampliada de la Mismidad. Solo en el caso de la alteridad exterior de oposición con el mercado/Estado, hay un antagonismo irrenconciliable y absoluto entre el Mismo y el Otro. Por tanto, no resulta casual que la condición anti-neoliberal haya sido el eje de articulación que encontraron los movimientos sociales para gestar un espacio global como el Foro Social Mundial, o procesos regionales en el contexto latinoamericano como las campañas contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

En el eje exterioridad-interioridad respecto al sistema hegemónico, una singularidad en las alteridades de los movimientos sociales estaría dada por un propósito no re-inclusivo en los términos tradicionales modernos. Dada su conexión intrínseca con la rebelión, la revelación de la alteridad y el conflicto no admite la posibilidad de tal relación de continuidad, de re-inclusión.

Los movimientos sociales antisistémicos tradicionales (Wallerstein, 2004) se proponían lograr unos objetivos que, en última instancia, se insertan dentro del esquema moderno dominante. Así, por ejemplo, los sindicatos tienen como demanda principal mantener la condición de trabajador y el empleo en ciertas condiciones, las cuales remiten en última instancia a unas ciertas meta-alteridades del proyecto de la modernidad. Los partidos comunistas en el poder, terminarían reproduciendo las mismas lógicas dominadoras en la experiencia del socialismo real. En los nuevos y novísi-

mos movimientos sociales, la autodefinición de una alteridad desde el despojo o la exclusión (sin-tierra, des-ocupados, sin-techo) y la revelación-rebelión de sus sujetos, no se traduce en un deseo -ni en el hecho- de un retorno inclusivo hacia el sistema.

La exclusión de los excluidos no deriva en un proyecto re-inclusivo de alteridad. En los movimientos sociales, sus prácticas se proponen desplegar unos nexos entre distinguir y extinguir diferentes a los que caracterizan a la dominación: una distinción que no deviene proyecto de extinción, sino exterioridad distinta. En los asentamientos, los *sin tierra* brasileños siguen considerándose “sin tierra”, y la propia denominación de “trabajadores desocupados” argentinos implicaría un sinsentido según los términos tradicionales en que se define la condición de “trabajador”. A ello se agrega que, de hecho, algunos de sus miembros declaran que no es su meta volver a la condición de “empleados”, y en su lugar proponen una nueva comprensión del término “trabajador” como aquel que aporta a la comunidad (un nuevo sentido de la alteridad comunitaria).

Se trataría, en fin, de unos sentidos de la alteridad que no tienen entre sus objetivos devenir centralidad, al estilo clase obrera que busca tomar el poder estatal. Por el contrario, se autodefinen en un entramado permanente de alteridad -alteridades de alteridades, o mejor aún, *alteridades mediadas por otras alteridades: alteralteridades*. Ello resulta una estrategia para evitar que el proyecto de liberación mute en (nueva) dominación total, tal como ocurrió en el socialismo real. Para lograr ese diálogo de alteridades y una articulación sin jerarquías, la dimensión expresiva de este entramado alter(n)ativo juega un rol central.

3. CONCLUSIONES

Dadas sus peculiaridades, las prácticas de los movimientos sociales resultan un escenario particularmente pertinente para la comprensión compleja y multidimensional de de la articulación entre alter(nativ)idades e (inter)mediaciones. En especial, la dimensión comunicativa resulta lugar de indagación de tales complejidades, debido a sus dos encargos sociales: articulación y expresividad-visibilidad, y a su correspondiente inserción en los procesos de configuración de unas novedosas formas de lo individual-colectivo.

En el propósito de desplegar unas *otras* interrelaciones e intermediaciones entre individualidad y socialidad -consideradas en tanto que cualidades y procesos- se encuentran las condiciones de posibilidad para una relectura de los sentidos y procesos asociados a la alteridad en las dinámicas de los movimientos sociales. A esto se agrega, además, la particular temporalidad de los objetivos de cambio social de estos actores, que se presentan desde una exterioridad interior trascendente respecto al sistema dominante. Las condiciones de posibilidad de esta relectura de lo *alter* está asociada al hecho de que los movimientos proponen la emergencia de unos otros regímenes de mediaciones, unos procesos de configuración de sentidos no determinados ni deterministas, sino intrínsecamente relacionales, como parte de una articulación socioindividual dialéctica que atraviese todas las dimensiones de la realidad.

Los movimientos sociales antisistémicos proponen el tránsito desde una *forma de sociedad* hecha de dicotomías jerárquicas y antagónicas hacia una *forma de socialidad* configurada a partir de un entramado de interrelaciones e intermediaciones. Lograrlo pasa, en esta perspectiva, por la propuesta de un “mundo de mundos” en el cual converjan diversidades y multiplicidades. Se puede hablar, entonces, de una correspondencia entre ciertas modalidades de alter(nativ)idad y ciertas modalidades de (inter)mediaciones¹⁵.

Un cierto régimen de alter(nativ)idades en movimiento se corresponderá con una dinámica de procesos que se configuran a partir de un entramado de (inter)mediaciones no deterministas, las cuales tienen lugar entre las diferentes dimensiones de los procesos, vínculos y relaciones sociales. La emergencia de reificaciones y dominaciones se evitaría con la comunicabilidad mutua y consciente entre alter(nativ)idades e (inter)mediaciones, pues ello resultará garantía de que en las conflictividades se contemplen todas las dimensiones de la socialidad y de que los procesos de institucionalidad tengan como eje central la dualidad individual-comunitaria.

¹⁵ Se prefiere hablar de modalidades, mejor que de niveles, porque esta segunda noción tendría un sentido inherentemente contaminado de una cierta idea de jerarquización, mientras aquella apunta hacia rasgos, maneras, formas (modos, caminos), desde una perspectiva de cualidades; esto es, cualitativa.

Al interior de las dinámicas de los movimientos sociales, la superación de las visiones de la alteridad como contrariedad para comprenderla en tanto que oportunidad y vocación de la existencia y complementariedad, solo es posible a partir de una perspectiva mediacional –y no exclusivista– de las distintas alter(nativ)idades (entre individualidad y socialidad, entre identidades, etcétera). El resultado será lo que podríamos llamar una *alterdualidad socioindividual mediacional*.

La articulación entre alter(nativ)idades e (inter)mediaciones y la interrelación dialéctica entre individualidad y socialidad tienen su correlato, en la dimensión comunicativa, en la convergencia dinámica entre visibilidad y articulación. Esta complementación –sin que ninguna de ellas subordine a la otra en el encargo social de la comunicación–, sería uno de los recursos para evitar distorsiones de la conflictividad como el alternativismo y de la unidimensionalidad en las intermediaciones. La comunicación, en su dualidad visibilizante y articulante, resulta una dimensión central en los procesos de configuración de unas alter(nativ)idades (inter)mediadoras así como de un régimen de (inter)mediaciones alter(n)ativas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERONI, F. (1984): *Movimiento e institución*. Madrid: Editora Nacional.
- ARENDT, H. (2005): *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- BACALLAO PINO, L. M. (2003): “¿Y otro sitio web es posible?”, en VV. AA.: *Clic Internet. Compilación*. La Habana: Pablo de la Torriente, pp. 282-334.
- BACALLAO PINO, L. M. (2005): “Comunicación alternativa en Internet: resistencias, revisiones y correlaciones”, *Revista Anthropos*, n° 209, pp. 41-52.
- BACALLAO PINO, L. M. (2008): “Movimientos sociales, comunicación y cambio social”, *Punto Cero*, vol. 13, n° 17, pp. 29-37.
- BAUMAN, Z. (2004): *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- BERGUA, J. A. (2007): *Lo social instituyente. Materiales para una sociología no clásica*. Zaragoza: Prensa Universitarias de Zaragoza.

- BHABHA, H. K. (1994): *The Location of Culture*. London: Routledge.
- BOURDIEU, P. (1999): *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P. (1991): *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- BURCH, S. (2003): "El reto de articular una agenda social en comunicación". Texto presentado en la Conferencia "Globalización y Medios", III Foro Social Mundial de Porto Alegre. Disponible en http://www.movimientos.org/foro_comunicacion/show_text.php3?key=1299. Consultado el 24 de marzo de 2006.
- CALLE, Á. (2005): *Nuevos movimientos sociales. Hacia la radicalidad democrática*. Madrid: Popular.
- CASTELLS, M. (1999): *La era de la información. Volumen 2: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
- CASTORIADIS, C. (1983): *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 1. Marxismo y teoría revolucionaria*. Barcelona: Tusquets.
- DIANI, M. (2000): "The concept of social movements", en NASH, K. (ed.): *Readings in contemporary political sociology*. London: Blackwell Publishers, pp. 144-175.
- FOUCAULT, M. (1980): "El ojo del poder", en BENTHAM, J.: *El Panóptico*. Barcelona: La Piqueta, pp. 9-26.
- FRENTE POPULAR DARÍO SANTILLÁN (FPDS) (2010): "¿Que es el Frente Popular Darío Santillán?". Disponible en <http://www.frentedariosantillan.org/fpds/>. Consultado el 23 de marzo de 2010.
- GRAMSCI, A. (1997): *Gramsci y la filosofía de la praxis*. La Habana: Ciencias Sociales. Compiladores: Gerardo Ramos y Jorge Luis Acanda González.
- HOLLOWAY, J. (2002): *Cambiar al mundo sin tomar el poder*. Madrid: El Viejo Topo.
- IBÁÑEZ, J. (1994): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo XXI.
- KAPLÚN, M. (1985): *El comunicador popular*. Quito: CIESPAL.
- LAPASSADE, G. y LOURAU, R. (1974): *Claves de la sociología*. Barcelona: Laia.

LÉVINAS, E. (2001): *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Valencia: Pretextos.

LUHMANN, N. (2007): *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.

MAFFESOLI, M. (1993): *El conocimiento ordinario. Compendio de Sociología*. México: Fondo de Cultura Económica.

MAFFESOLI, M. (2009): *Iconologías. Nuestras idolatrías postmodernas*. Madrid: Península.

MANÇANO, B. (2001): *Brava gente. La lucha del MST y la lucha por la tierra en Brasil. Entrevista a Joao Pedro Stedile*. La Habana: Caminos.

MARTÍN BARBERO, J. (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: G. Gili.

MARTÍN BARBERO, J. (1991): *Teoría, investigación y producción en la enseñanza de la comunicación*. La Habana: Pablo de la Torriente.

MARTÍN BARBERO, J. (1994): “La comunicación plural: alteridad y socialidad”, *Revista Diálogos*, nº 40, pp. 72-79.

MARTÍN SERRANO, M., PIÑUEL RAIGADA, J. L., GARCÍA SANZ, J. y ARIAS FERNÁNDEZ, M. A. (1982): *Teoría de la comunicación. Epistemología y análisis de la referencia*. Madrid: A. Corazón.

MARTÍN SERRANO, M. (1986): *La producción social de comunicación*. Madrid: Alianza.

MARTÍN SERRANO, M. (2007): *Teoría de la comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad*. Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España.

MARX, C. (1969): “Tesis sobre Feuerbach”, en MARX, C. y ENGELS, F.: *Obras escogidas. Tomo I*. Moscú: Progreso, pp. 8-11.

MOGOLLÓN, M. E. y PALACIOS, C. (1989): *La comunicación alternativa de la mujer en América Latina: Una alternativa para el cambio*. La Habana: Universidad de La Habana. Trabajo de Diploma.

MOVIMIENTO BARRIOS DE PIE (MBP) (2010): “Qué es y qué hace el Movimiento Barrios de Pie”. Disponible en <http://www.barriosdepie.org.ar/>. Consultado el 24 de junio de 2010.

NEIDHART, F. y RUCHT, D. (1991): "The State of the Art and Some Perspectives on Further Research", en RUCHT, D. (ed.): *Research on Social Movements: The State of the Art in Western Europe and the USA*. Boulder, CO: Westview Press.

ROMANÍ, O. (2003): "Los nuevos movimientos sociales como formas de intervención social", en RODRÍGUEZ ROCA, J. y ALONSO VAREA, J. M. (coord.): *Repensar la intervención social: los escenarios actuales y futuros*. Barcelona: Col·legi Oficial de Psicòlegs de Catalunya, pp. 18-29.

SIMMEL, G. (1986): *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península.

SOTOLONGO, P. L. y DELGADO, C. J. (2006): "La intersubjetividad social, las estructuras sociales objetivadas y las subjetividades sociales individuales", en CLACSO: *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social. Hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo*. Buenos Aires: CLACSO. pp. 131-164.

TILLY, C. (1995): *Las revoluciones europeas, 1492-1992*. Barcelona: Crítica.

TILLY, C. (1992): *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Madrid: Alianza.

TOURAINÉ, A. (2002): "The importance of social movements", *Social Movements Studies*, nº 1, London, pp. 89-95. DOI: 10.1080/14742830120118918; <http://dx.doi.org/10.1080/14742830120118918>

UNIÓN DE ASAMBLEAS CIUDADANAS (UAC) (2010): "Qué es la UAC". Disponible en <http://asambleasciudadanas.org.ar>. Consultado el 24 de junio de 2010.

WALLERSTEIN, I. (2004): *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundos*. Madrid: Akal.

WILLENER, A. (1979): "Eso es cosa vuestra... o '¿Hacia una dialéctica positiva?'", en VIDAL BENEYTO, J. (ed.): *Alternativas populares a las comunicaciones de masa*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 3-32.

WOLTON, D. (1999): *Sobre la comunicación*. Madrid: Acento.

ZIBECHI, R. (2004): "El otro mundo es el 'adentro' de los movimientos sociales", *Revista América Latina en movimiento*, nº 385-386, Quito, 20 de julio de 2004, pp. 49-52.

PARA CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:

BACALLAO PINO, Lázaro M. (2011): “Alter(nativ)idades e (inter)mediaciones: propuesta de un mapa comprensivo desde la dimensión comunicativa de los movimientos sociales”, *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, nº 9, pp. 3-33. DOI: 10.5209/rev_MESO.2011.n9.38009; http://dx.doi.org/10.5209/rev_MESO.2011.n9.38009

(*) El autor

Lázaro M. Bacallao Pino (Cuba, 1979) es licenciado en Comunicación Social y máster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Habana. Actualmente es doctorando en Sociología en la Universidad de Zaragoza (España). Desde hace una década ha investigado y ha sido docente en temas relacionados con los movimientos sociales, la comunicación y las relaciones de poder, así como los procesos de apropiación social de las tecnologías de la información y la comunicación. Ha publicado varios capítulos de libros y una veintena de artículos en revistas de América Latina y España.

RECIBIDO: 26 de enero de 2011.

ACEPTADO: 10 de octubre de 2011.

